

The background of the cover is a scenic landscape. In the center, a large, multi-story stone castle with several towers stands on a grassy hill. To the left, a smaller building with a dome is visible. The sky is a warm, golden-orange color, suggesting a sunset or sunrise. In the foreground, a green field is partially covered by a blue, red, and white plaid blanket that is draped across the bottom right corner.

*Julia
London*

*Cuestión de honor
Escándalo
en Escocia*

Jack Haines, conde de Lambourne, huye hacia su Escocia natal al enterarse de que aparece en un escandaloso libro acusado de cometer adulterio con la princesa de Gales. Durante su fuga cae prisionero de un *laird* escocés, que le propone un insólito trato a cambio de no entregarlo: si permanece casado durante un año y un día con su sobrina, le perdonará la vida. Jack acepta la oferta, y más cuando conoce a la encantadora Lizzie Beal. Pero ella detesta esa escandalosa unión y no soporta vivir con un noble inglés fugitivo. Sin embargo, las enseñanzas sobre los placeres del matrimonio que le brinda Jack enciende en ambos una pasión que les hará desear permanecer unidos mucho más tiempo que un año y un día.

Capítulo 01

Escocia, 1807.

Desde su escondite en medio de un matorral espinoso que le había rasgado sus mejores pantalones de gamuza, Jack podía ver la carretera a través de las ramas. Durante la última hora, había galopado a toda velocidad, forzando su montura para mantenerse por delante de los dos hombres. Tragó aire mientras los veía trotar por la carretera, con el sombrero calado, los abrigos abiertos sobre la grupa de sus ponis de las Highlands y el cuello envuelto en bufandas que sin duda eran a cuadros.

¡Realmente eran escoceses! El viejo de Crieff tenía razón; los hombres del príncipe habían contratado a cazadores de recompensas escoceses para buscarlo.

Maldición, maldición. Esta vez sí que se había metido en un buen lío.

Esperó hasta estar seguro de que los hombres habían pasado y se habían alejado por la carretera para salir del matorral. Maldijo de nuevo en voz baja cuando otra zarza le enganchó los pantalones. Soltó las riendas de su montura, se las pasó por el cuello y se subió a la silla.

Y se quedó allí sentado.

Ya no sabía adónde ir. Había salido de Inglaterra en cuanto se enteró de que lo habían acusado de cometer adulterio con la princesa de Gales, y ahora llevaba más de

un mes huyendo de los hombres del príncipe, adentrándose en lo más profundo de las Highlands.

Adulterio. Jack resopló molesto mientras le acariciaba el cuello a su yegua. ¡Llevarse a la princesa de Gales a la cama! ¡Era absurdo creer que él fuera a hacer algo así! Sin embargo, no pudo evitar la sonrisa irónica que le curvó los labios mientras espoleaba su yegua hacia la carretera.

Nunca se había acostado con la princesa, pero sí que era culpable de participar en más de una actividad no muy lícita en la residencia de ésta.

A pesar de que era inocente, cuando le advirtieron que los hombres acusados de acostarse con la princesa estaban siendo detenidos para ser interrogados, y que seguramente se enfrentarían a cargos de alta traición, un delito que se pagaba con la horca, decidió partir hacia su Escocia natal. Ese tipo de acusación lanzada en medio de un escándalo de la realeza, pocas veces auguraba nada bueno para un escocés en Inglaterra, y Jack Haines, conde de Lambourne, que no era en absoluto ajeno a las transgresiones morales y el comportamiento disoluto, sabía reconocer un mal escándalo cuando lo veía.

De nuevo en la carretera, se detuvo para mirar las copas de los pinos escoceses, que parecían rozar casi el cielo del color de la seda azul, y respiró profundamente. El aire que le entró en los pulmones era el aire limpio y fresco que barría los valles y las colinas que formaban el paisaje de las Highlands... valles y colinas que parecían infinita y exasperantemente deshabitados.

Se encaminó hacia el norte, en dirección opuesta a la de los cazadores de recompensas. Le quedaban cuatro, quizá cinco horas de luz, y necesitaba un lugar para pasar la noche. Odiaba la idea de dormir de nuevo en un frío establo. Pero un establo era mucho mejor que el helado suelo del bosque.

El aire estaba tan quieto que hasta oía respirar a su montura por encima del ruido de los cascos.

Lo único que recordaba tan al norte era Castle Beal, y quedaba a varios kilómetros de terreno bastante difícil, a dos días de galope de caballo de Lambourne Castle, que estaba más al sur. Habían trascurrido once años desde que había pasado algún tiempo en Escocia, aparte de la obligatoria quincena anual en Lambourne, así que estaba tratando de recordar la mejor ruta hacia allí cuando oyó el tenue sonido inconfundible de otro caballo en la carretera... o, peor, de un par de caballos.

Tiró de las riendas y escuchó con atención. ¡Malditos fueran sus ojos! Los cazadores de recompensas habían dado la vuelta. No podía perder ni un segundo. Clavó las espuelas en los flancos de su montura, pero ésta estaba cansada, y él la había espoleado con demasiada fuerza; Jack hizo una mueca cuando la yegua relinchó tan fuerte como si le hubiera acercado un atizador ardiendo y salió disparada. Sin duda, los cazarrecompensas la habrían oído y se habrían percatado de que le estaban pisando los talones.

Durante todo el día, habían ido reduciendo distancia a pesar del agreste terreno y del excelente caballo que Jack montaba. Dios Todopoderoso, ¿dónde habría encontrado el príncipe a esos hombres?

Jack guió a la yegua directa hacia los bosques y los espesos matorrales del monte bajo, saltando temerario sobre el tronco de un árbol caído. Un sendero de ciervos se desviaba hacia la derecha, y tiró de las riendas en esa dirección. Su montura avanzó a toda velocidad, salpicando agua al pasar por un torrente, pero retrocedió al encontrarse ante una vertiginosa bajada. Jack la obligó a volverse y la dirigió de nuevo hacia allí.

—¡Vamos, vamos ya! —la animó, al tiempo que se inclinaba sobre su cuello y la espoleaba.

La yegua echó el resto; llegó al borde del terraplén, y levantó las patas al ver a dos hombres a caballo. Jack se mantuvo firme en la silla y consiguió calmarla para poder

lanzarse terraplén abajo, pero entonces vio a los cazadores de recompensas cruzar el arroyo y galopar hacia él.

Tiró de las riendas con fuerza mientras cuatro hombres lo rodeaban. Miró hacia todos lados buscando una salida, cualquier salida, pero sólo vio un par de escopetas que lo apuntaban. La yegua sacaba espuma por la boca y jadeaba trabajosamente; no podía salir de allí a toda velocidad, pero incluso si lo hacía, no llegaría muy lejos.

Jack miró de nuevo las escopetas que lo apuntaban y el corazón comenzó a golpearle dentro del pecho. No había salida; lo habían atrapado.

—¡María, reina de Escocia! —exclamó irritado mientras miraba al que sostenía la escopeta más larga—. Supongo que podemos tener una charla civilizada, ¿eh? Soy un hombre rico.

Por respuesta, el hombre amartilló la escopeta.

—Muy bien, muy bien —dijo Jack mientras alzaba lentamente las manos—. Me habéis pillado, muchachos. —Y mientras los hombres se le acercaban, se preparó para lo que fuera, sin saber si ése sería quizá su último día.

Capítulo 02

Si tal cosa era posible, Castle Beal era incluso más lóbrego que Lambourne Castle.

Cuando Jack se dio cuenta de adónde lo llevaban y comenzó a vislumbrar la estructura imponente, gris y sin ninguna gracia a la que él mismo había pensado ir, en un triste intento de conseguir un alojamiento mejor del que se le solía dar a un fugitivo, mencionó que su bisabuela era una Beal.

Resultó evidente que eso daba que pensar a los cuatro hombres.

Rápidamente, añadió que pertenecía a los Beal de Strathmore, y confió en que fuera cierto. Le costaba mucho recordar los aburridos detalles del árbol familiar; su hermana Fiona, en cambio, podía recitarlo con total precisión. Sin embargo, sus palabras parecieron causar el efecto deseado. En vez de una celda en las mazmorras, en la que Jack sabía muy bien que habría sido tirado como un saco de patatas, lo metieron en una alcoba, como si fuera un invitado.

Al parecer, lo habían dejado allí para que se pudriera, después de quitarle la pistola y el cuchillo de caza. Pero Jack razonó contento que, aunque había pasado mucho tiempo en Londres, era y había sido educado como un *highlander* y que, por consiguiente, sabía cómo salir de un apuro.

La puerta no estaba cerrada con llave. Lo consideraban un caballero, incapaz, por lo tanto, de escapar. Jack debatió consigo mismo si realmente era o no ese tipo de caballero mientras recorría la alcoba, contando los pasos que medía de ancho y de largo, una y otra vez. La estancia tenía unos cinco metros por cuatro. Se percibía un tenue hedor, bastante acre, que le hizo pensar que algo se estaba pudriendo bajo las tablas del suelo.

Jack no tenía ni idea de cuánto tendría que quedarse allí, y aquellos hombres parecían más bien reacios a discutir sus con él. Pero le habían llevado algo remotamente similar a gachas y habían tirado un trozo de turba en el hogar cuando el sol se escondió tras el horizonte.

Para entonces, Jack ya se había hartado de ir de aquí para allá, estaba tumbado en la cama vestido e incluso con el abrigo puesto, por si, casualmente, se le presentara la oportunidad de escapar. Cayó en un sueño ligero en el que se vio flotando en un frío río verde cerca de Lambourne Castle. La luz del sol iluminaba en parte la proa de su bote, y una mujer con un sombrero de ala muy ancha estaba remando. Sus brazos eran delgados, y sus manos elegantes. Tenía muy buen aspecto, pero Jack no podía verle la cara...

Algo lo despertó bruscamente. Se incorporó sobresaltado y se encontró frente a frente con un chico de cabello dorado oscuro que le sobresalía de la gorra.

Jack se relajó y se rascó el pecho mientras observaba al muchacho.

—¿Quién eres? —preguntó.

No dijo nada.

—Seguro que eres un paje y que te han enviado para atenderme, ¿no?

De nuevo, el otro no respondió.

—¿No eres un paje? ¿Un espía entonces? —Jack bajo las piernas de la cama, se puso en pie con los brazos en jarras y lo miró fijamente—. Esos canallas te han enviado para ver

de qué humor estoy y si tengo algún plan para escapar, ¿es eso?

–¿Quién es usted? –preguntó el chico.

–¡Ah! Yo lo he preguntado primero. ¿Quién eres tú?

–Lachlan –contestó él con timidez.

–*Sir* Lachlan –dijo entonces Jack con una inclinación de cabeza–, yo soy lord Lambourne.

El muchacho parpadeó sorprendido. Jack alzó las cejas.

–¿Qué? ¿No has oído hablar de mí? ¡Soy el conde de Lambourne! Tengo un castillo grande y sombrío, no tan sombrío como éste, pero aun así sombrío, un poco más al sur. ¿Te enciende eso alguna lucecita? –preguntó mientras se acercaba al lavamanos.

El chico negó con la cabeza.

–Entonces, tengo que decir –continuó Jack, callando un momento para meter las manos en el agua helada del lavamanos y echársela a la cara– que tu educación ha sido de lo más incompleta. –Miró hacia atrás, al muchacho, que lo estaba observando fijamente. Llevaba unos pantalones que le quedaban cortos por un par de centímetros o más, y tenía el rostro manchado de los restos de su última comida.

Jack continuó aseándose tranquilamente, consciente de su público. Cuando acabó, se volvió de nuevo hacia el joven Lachlan.

–Pues aquí estoy –dijo, mientras hacía una formal reverencia–. Puedes llevarme ante tu rey.

–Nosotros no tenemos rey –contestó el chico muy serio.

Jack se encogió de hombros.

–Entonces, llévame ante tu señor. Todo el mundo tiene un señor.

Lachlan reflexionó durante un instante.

–Debe de ser mi tío Carson.

–Servirá –respondió Jack, e hizo un gesto señalando la puerta–. Vayamos, entonces.

Llegaron hasta el umbral de la puerta, donde un par de *highlanders* bastante corpulentos, que acababan de llegar en el momento más inoportuno, empujaron a Jack de vuelta a la alcoba. Tras ellos, un caballero digno y canoso entró en la habitación y lo miró calibrándolo.

–¿Puedo tener el placer de saber quién me está mirando? –preguntó Jack.

–Carson Beal –respondió el hombre–. Soy el *laird* aquí.

–Ah. Así que el joven Lachlan ha supuesto correctamente.

–¿Perdón?

Jack sonrió.

–Nada, una broma privada.

Carson Beal frunció el cejo; se cogió las manos a la espalda y se adentró más en la habitación, sin dejar de observar a Jack.

–¿Quién es usted?

–Jankin MacLeary Haines, de Lambourne Castle –respondió él con una ligera inclinación de cabeza–. Los íntimos me llaman Jack, pero usted puede llamarme milord Lambourne –y le dirigió a Beal una sonrisa irónica.

Éste arrugó la frente.

–Demasiada frivolidad para ser un hombre a quien el príncipe de Gales busca por alta traición, ¿no cree?

Jack sonrió aún más; no era de los que mostraban a las claras sus verdaderos sentimientos y nunca permitiría que aquel tipo supiera lo afectado que estaba.

–Mi buen amigo, el príncipe ha sido terriblemente mal informado.

–¿Oh? –Exclamó Carson alzando escéptico una ceja–. ¿Por eso huía de mis hombres como un cobarde?

Eso molestó a Jack, pero contestó con el mismo tono afable.

–Sus hombres no se identificaron. Por lo que yo sabía, podían ser sangrientos ladrones, y yo estaba solo.

–Mmmm... Como usted diga, milord Lambourne –respondió Beal con desdén–. Me parece que se encuentra en un pequeño lío, ¿me equivoco?

Jack rió ante eso.

–Como si me persiguiera el propio diablo –contestó con sinceridad–, en eso estoy. Pero me parece que donde yo pierdo, usted gana.

–¿Y qué demonios puedo ganar yo? –bufó Beal.

–No quisiera hacer conjeturas –replicó Jack sonriendo–. Pero todavía no me ha entregado a cambio de lo que, conociendo a su alteza, supongo que debe de ser una generosa recompensa. Por lo tanto, algo espera ganar.

Beal entornó los ojos.

–Pues resulta que, en efecto, tengo una proposición que hacerle.

Ajá... eran ladrones. Le darían la oportunidad de pagar para soltarlo. Mejor para ellos, y para él, que era un hombre de posibles.

–Le escucho –dijo, y cruzó los brazos sobre el pecho.

–Tiene dos opciones –explicó Beal–. Podemos entregarlo a los hombres del príncipe, que, dicho sea de paso, han venido aquí para escoltarlo a Londres.

Esa era una noticia un tanto alarmante.

–O podemos decirles a esos hombres que se ha escapado, e indicarles en qué dirección. Tal vez hacia Lambourne Castle. Insinuar que ha tenido ayuda, ¿qué le parece?

Una alternativa muy atractiva, pero plagada de preguntas.

–¿Y por qué haría eso, *laird*? –preguntó Jack con despreocupación.

Beal calló un instante y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo con atención.

–Porque usted aceptará una unión de manos con una de nuestras mujeres.

Jack casi se atragantó.

–¿Una unión de manos?

–Sí –respondió Beal tranquilamente, como si fuera lo más normal sugerirle que tomara parte en una antigua ceremonia pagana con una completa desconocida–. Aceptará un matrimonio de prueba durante un año y un día. Si pasado ese tiempo, usted y la mujer no se entienden... – se encogió de hombros–, será libre de marcharse.

Jack se lo quedó mirando con la boca abierta.

–¡Eso es una locura! –soltó atónito–. La unión de manos no es... bueno, apostarí a que no es legal, y, además, ya no es costumbre, señor. Es obsoleta, *demodé*, retrógrada...

–Tenemos un cura que celebrará la ceremonia.

–¿Por qué? ¿Por qué me pide eso? ¿Quién es esa mujer? ¡Debe de tener el rostro de un caballo y el cuerpo de una cerda para llegar a estos extremos! –dijo atrevido.

–Pues yo diría que es bastante atractiva –respondió Beal sin inmutarse.

Jack sabía que mentía, seguro. Todo aquello era demasiado drástico, demasiado fantástico; la chica tenía que tener algo realmente espantoso.

–¿Por qué yo? –Quiso saber–. Sin duda, puede ordenar a uno de sus hombres que lo haga.

–Ah, pero a usted tengo algo con que convencerlo –respondió el otro con una fría sonrisa–. El príncipe parece muy decidido a encontrarlo, sí, lo parece. Sus enviados están peinando todos los valles en su busca.

¿Jorge estaba tan enfadado? ¿Seguro?

–Además de sus hombres, ha contratado a grupos de cazadores para que lo ayuden a buscarlo en los parajes más recónditos de Escocia, milord. Supongo que no ten-

go que decirle que una recompensa de la realeza resulta muy atractiva para un *highlander*.

—¿Y no se lo resulta a usted? —preguntó Jack.

Beal pensó un momento y luego miró fijamente a Jack, entornando los ojos.

—Si accede a la unión de manos, contará con un lugar donde permanecer apartado durante un tiempo, hasta que el príncipe haya perdido interés en verlo colgando de una sogá.

—En realidad no pretende hacer eso —respondió Jack de forma poco convincente—. ¿Y cómo puedo estar seguro de que nadie de su clan encontrará la recompensa tan atractiva como el resto de Escocia?

—Porque los Beal son absolutamente leales —contestó Beal sin dudar—. Y yo igualaré la recompensa del príncipe por si alguien descubre que no puede vivir sin ella, ¿de acuerdo?

—¿Eso hará? —preguntó Jack sin fiarse—. ¿Por qué su plan significa tanto para usted?

—Tengo mis razones, Lambourne. Pero no debe temer a los Beal. Lo mantendremos a salvo en Glenalmond.

Jack lo miró pensativo. Por más que no se fiara del *laird*, y por más que la idea de una unión de manos le resultara repulsiva, Beal tenía a su favor una cosa: si él accedía a aquella locura, podría esconderse hasta que el escándalo de Londres hubiera pasado, como una tormenta de verano. Y, después, él ya habría podido disponer de tiempo para planear una huida decente. Para su sorpresa, vio que era la situación perfecta para su presente aprieto. La mujer podía ser tan fea como una vaca vieja, pero también podría ser su salvadora.

—¿Ha dicho una unión de manos? —preguntó, estudiando a Beal astutamente—. ¿Un año y un día, y podré marcharme?

Beal asintió con la cabeza.

—¿Y si no puedo aguantar un año y un día?

–Si repudia a nuestra mujer y rompe su promesa, los Beal actuarán como deben para vengar su honor.

Una antigua manera de amenazar con que le cortarían la cabeza, pero una amenaza que les costaría cumplir en las calles del Mayfair de Londres, adonde tendrían que ir a buscarlo.

–Una vez realizada la ceremonia, ¿me encerrarán?

Carson Beal rió por lo bajo.

–No somos bárbaros, milord. Claro que no. Confiamos en su palabra de caballero y de conde para que permanezca en nuestras tierras durante un año y un día y cumpla su promesa. Será su deber, y, además, con el príncipe tan decidido a encontrarlo... Pero sí, dentro de nuestro pequeño valle, será usted libre.

Mentira. La proposición era demasiado descabellada para ser cierta. Jack observó al hombre canoso mientras trataba de estudiar el asunto desde todos los ángulos.

–En este momento, los enviados del príncipe están en el comedor. Sospecho que se quedarán un día o dos, a no ser que les lleve la desagradable noticia de su fuga en dirección a Lambourne Castle –añadió el *laird* como sin darle importancia.

Eso bastó. Por muy estúpido que sonara lo de la unión de manos, Jack se iba a arriesgar.

–Bueno, *laird*, supongo que hoy los dos ganamos algo.

La sonrisa de Beal fue leve y fría.

–Lleváoslo –ordenó a sus acompañantes, y los dos corpulentos secuaces lo agarraron antes de que él pudiera cambiar su tonta opinión.

Capítulo 03

Lo dejaron encerrado en una habitación oscura y húmeda, desde la que podía oír lo que parecía un rebaño de bueyes en el piso de arriba. Beal le dijo que era para mantenerlo oculto hasta que se fueran los hombres del príncipe, pero Jack estaba comenzando a desesperarse, pensando que nunca volvería a ver la luz del sol.

Finalmente, aparecieron un par de enormes *highlanders* con los cuadros del clan Beal. Sin miramientos, lo llevaron escalera arriba y lo sacaron fuera, al helado aire de la noche.

A Jack le contrarió ver que un nutrido grupo de gente se había congregado en el patio interior. Y tuvo que pasar entre ellos como un pavo de Navidad, mientras era objeto de gritos de ánimo y de burla. El *laird* se había asegurado de que la muchedumbre allí reunida tuviera bebida suficiente; el olor impregnaba el aire y al pasar Jack chapoteó por más de un charco de cerveza derramada.

Lo llevaron a través de varias puertas de madera hasta el gran salón, donde docenas de velas brillaban, y estaba lleno de gente. A Jack le sorprendió que hubiera tantos Beal y tantos arrendatarios de los Beal viviendo en Glenalmond.

—¡Felicidades, milord! —gritó alguien alegremente, alzando una jarra de cerveza.

«Sí, ya, felicidades».